

SOBRE CAPITALISMO, DINERO Y CÁLCULO.

Una perspectiva antropológica de la crisis a través de Gabriel Tarde

Joan PICAS CONTRERAS

Universitat de Barcelona (España)

jpicas@gencat.cat

ON CAPITALISM, MONEY AND CALCULATION. Anthropological perspective on the crisis through Gabriel Tarde

Resumen: En estas páginas nos acercamos a la crisis económica actual con el objeto de introducir nuevas perspectivas que inviertan el discurso al uso. De la mano de Gabriel Tarde, se parte del hecho de que lo que convierte en económica una relación es la incrustación de las técnicas de cálculo de los economistas y de que la formación de valor no cabe buscarla en la producción, ya que básicamente se funda en creencias, deseos y voluntades. Recorriendo este hilo argumental, se observa que el capitalismo financiero sería producto del progresivo “ensimismamiento” del capital, que posibilita la transformación de la economía política en algo virtual, pero capaz de extraer plusvalor y de ejercer el control sobre la producción biopolítica.

Abstract: In this paper we approach the current economic crisis in order to introduce new perspectives to overturn the usual discourse. Following the thought of Gabriel Tarde, it is assumed that what makes a relationship economic is the embedded calculation techniques from the economists; and that the formation of value cannot be sought in the production because it is based in beliefs, desires and wills. Traveling through this plot, it is observed that finance capitalism would be the result of the progressive “self-absorption” of capital, which enables the transformation of political economy into something virtual, but capable of extracting surplus value and to exercise control over the biopolitical production.

Palabras clave: Antropología económica. Biopolítica. Mercados financieros. Psicología social. Valores. Economic anthropology. Biopolitics. Financial markets. Social psychology. Values.

“El primer ladrón que codició el asno o la vaca de su vecino, el primer guerrero que tomó prisioneros de guerra, creó sin saberlo la economía política”.

Gabriel Tarde (2011: 149) [Orig. 1881]

I. Introducción

¿Qué es el capital? Existe como factor de producción, como activo financiero. Desde otras vertientes, se habla también de capital humano o social..., cuyas definiciones variarán en función del campo desde el que se formulen. Sin embargo, manteniéndonos en los confines de lo económico y más allá de su naturaleza, el capital funciona también como una “forma impersonal de dominación que impone sus propias leyes” (las leyes económicas) que “estructuran la vida social y hacen que las jerarquías y subordinaciones parezcan naturales y necesarias”. De tal modo, los fundamentos de la sociedad capitalista (el derecho de propiedad, la explotación de la fuerza de trabajo, la exclusión de una parte creciente de la población de los procesos productivos...), operando como factor apriorístico, acaban estrechamente interiorizados en el corpus social. La “normalización” del control y la explotación capitalistas, de la violencia que emana, son posibles por cuanto no dimanan de un “soberano externo” que ejerce su poder, sino que se apoyan en “leyes invisibles” que se aplican desde el anonimato y que son percibidas como contingentes. Y a medida que el capital financiero alcanza su mayor desarrollo y grado de abstracción¹, determina de manera cada vez más completa “las condiciones de posibilidad de la vida social” (Hardt; Negri, 2011: 23-24).

Para surtir sus efectos, el capital se sirve de lo que, por ejemplo, Duch y Chillón (2011: 41) definen como un discurso corrupto o pervertido, que toma forma por medio de una “neolengua economicista, tecnocrática y deshumanizada” que, como en la distopía de Orwell, “reduce el polifacetismo y la complejidad del mundo a una jerga” constituida por vocablos “fetiche” (lo son la propia voz “crisis” o los llamados “mercados”, hoy en día en boca de todos) que, a su criterio, “ocultan más que revelan”. Otros muchos autores, desde la crítica a la racionalidad instrumental, han llegado, a su vez, a conclusiones semejantes.

Aun compartiendo en líneas generales planteamiento y diagnóstico, queremos cuestionar, sin embargo, lo que creemos que es un juicio precipitado en lo que atañe al carácter “subrepticio” del discurso económico. Más allá de su aparente opacidad, pensamos que a través de las rendijas del propio discurso, a través de sus comisuras, se vislumbran significados manifiestos. Los términos “fetiche”, a nuestro entender, hablan más que callan. Nuestra tarea consiste en descorder el velo para llegar a descifrarlos.

El discurso construye (es “hacedor” de) la realidad. Lo que algunos consideran ilusiones o mentiras son en realidad parte de una retórica perfectamente codificada. En tal sentido, la economía, en cuanto disciplina inventada en la modernidad, no descubre una realidad, sino más bien la compone, dispone y organiza (fabrica).

II. “Economía-disciplina” (*economics*) vs. “economía-cosa” (*economy*)

Llegado a este punto, creemos preciso distinguir entre “economía-disciplina” (*economics*) y “economía-cosa” (*economy*).

Cuando hablamos de “economía-disciplina” nos estamos refiriendo a un conjunto de

¹ Para Deleuze y Guattari (1995: 10 y ss.), el capital es en sí mismo abstracto. Los agentes y pacientes del capitalismo recodifican y reterritorializan sistemas de significados disponibles de antemano para convertir la abstracción en algo definido y persuasivo. Para Spivak (2012: 168), el asunto de si es posible o no desvincularse de este abstracto constituye un reto de primer orden.

conocimientos estructurados que –según definición al uso– explican el comportamiento de unos llamados “agentes económicos” en lo que atañe a la producción, intercambio, distribución y consumo de bienes y servicios. Se caracteriza por su formalismo, su sistematización y abstracción. Aun cuando en los siglos XV y XVI empieza a delinearse un campo específico de conocimiento económico de la mano del capitalismo emergente, en su forma actual se remonta al siglo XVIII. Se articula con los centros de poder del hemisferio Norte (en origen en universidades, y hoy en día también en *lobbies*, fundaciones u organismos internacionales).

En cambio, cuando hablamos de “economía-cosa” estamos más bien refiriéndonos al conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de un individuo o de una colectividad y a sus formas y sistemas de administración.

El metarrelato moderno de la legitimación del conocimiento y su institucionalización permite a la “economía-disciplina” construir un discurso específico con vocación universal que se postula como un saber fiable acerca del mundo. Propone un determinado tipo de enunciados que adquieren valor de “verdad” y que le proporcionan legitimidad y autoridad para prescribir –para indicar qué puede hacerse y de qué manera. Los recursos retóricos que emplea van destinados a crear un “efecto realidad”, es decir, a construir la ilusión de que aquello que se presenta se corresponde con la misma realidad².

De ahí que Callon y Latour (2011: 175), mantengan que, por paradójico que pueda parecer y aun en contra del sentido común, la “economía-cosa” deriva de la “economía-disciplina”. Es esta última la que la realiza y forma (cosifica). En este sentido, no explica de manera objetiva “algo” que por pura lógica debiera existir independientemente y fuera de ella misma. Contrariamente, construye una ficción: selecciona y tipifica unas relaciones para hacerlas calculables.

Inspirándose en las ideas del sociólogo francés injustamente orillado Gabriel Tarde³, ambos autores escriben que la “economía-disciplina” estaría constituida por “el conjunto de actividades que concurren en la producción de agentes calculadores”. A su entender, “los economistas modelan incesantemente algo que no es del todo económico para extraer, por filtración, purificación, imposición, alguna cosa que se parezca a la calculabilidad, a la gubernamentalidad, a la organización de los mercados”.

Para Tarde (1902) no habría leyes naturales, automatismos ni armonía, sino que todo se apoyaría en artificios e invenciones compuestos y expandidos por los instrumentos de medida/cálculo de los que se nutre la “economía-disciplina”. Como advierten Latour y Lépinay (2008: 135), lo social deviene en sí mismo cuantificable (y previsible) debido únicamente al ejercicio de dichos instrumentos de medida/cálculo.

Tempranos estudios antropológicos (Malinowski, Polanyi...) coinciden con esta misma

2 Conocimiento y poder se implican mutuamente. Como señaló Foucault (1984), no hay ejercicio de poder sin la constitución correlativa de un campo de conocimiento, sin la extracción, apropiación, distribución o retención de saber; éste, a su vez, produce efectos de poder. Cuando una disciplina, por medio de la especulación, se legitima a sí misma –o bien deslegitima otros lenguajes–, actúa revestida de poder. Si ha logrado imponerse –o desplazar a otras formas de conocimiento– no ha sido a través de la competencia cognoscitiva, sino debido a su imbricación con el poder. Sin éste, perdería su autoridad universal y aparecería como un saber particular contextual y estratégico semejante a otros tantos.

3 Sería absurdo pretender presentar el complejo pensamiento de Tarde (12 de marzo de 1843-13 de mayo de 1904) en unas pocas líneas. Para quienes aún no le conocen, sirva indicar que sería el creador de una “micro-sociología” que cuestionaría que exista –al modo de Durkheim– una entidad ontológica llamada “sociedad”, tratada como un sistema de representaciones colectivas. En su lugar, prefiere referirse a tramas de relaciones contingentes, abiertas y parciales, de asociaciones, bifurcaciones y oposiciones (en tal sentido, sería un teórico de las redes *avant la lettre*). Por ello, no cabría hablar en propiedad de “desajustes” de lo económico en lo social debido a que lo social no es un dominio genuino; esto es, no puede ser considerado una variable explicativa o un factor independiente (Latour; Lépinay, 2008: 117).

idea y confirman que lo que convierte en económica una relación es precisamente la penetración de las “técnicas de cálculo de los economistas”, sin las cuales dicha relación tendría cualquier otra forma (los seres humanos no *nacen* economistas, sino que *devienen*)⁴.

El *homo economicus*, guiado por móviles egoístas y maximizador de su propia función de utilidad, o el “mercado puro y perfecto” orientado por una “mano invisible”, forman parte de la “economía-cosa” en la medida en que han sido “construidos” desde la “economía-disciplina”. Si, pese a simplificar la realidad, resisten con vigor dos siglos después de Adam Smith y de David Ricardo, es gracias a que perviven en la *mainstream economics* (Riechmann, 2011)⁵. De igual modo, la llamada “economía financiera”, sobre la que nos detendremos más adelante, pese a que pocos discutirán que es un artificio, se acomoda a una gramática y dispone de una retórica perfectamente codificada (en realidad, también la posee algo aparentemente tan insensato como la astrología).

Tarde se refiere sin ambages a la economía describiéndola como “ciencia de los intereses apasionados”. Para este autor, el propio nivel de lo social está marcado por “los flujos de creencias y deseos colectivos, las corrientes de fe y pasión que constituyen (y destituyen) a los individuos, los grupos y las instituciones” (Tonkonoff, 2011: 20).

Con ello realiza una crítica demoledora a la teoría política más arraigada por cuanto propone explicar la formación del valor no ya en relación a la producción económica y a las leyes del mercado, sino en función de la dinámica del acontecimiento. A su entender, el valor (la moneda no es más que un símbolo) no sería “absolutamente nada si no fuera el resultado de una combinación de cosas muy subjetivas, de creencias y deseos, de ideas y voluntades” (Tarde, 1902: 81). Esto es, se sustentaría en algo tan intangible como la “confianza”. La anterior aseveración no debe llevarnos a interpretar que no exista una “razón económica calculadora” o que ella se halle deformada por las pasiones, sino que ambas están amalgamadas. En puridad, sólo deshaciéndonos de ese fardo de lo extraeconómico –advierten Latour y Lépinay (2008: 41)– sería posible recuperar una razón económica incólume, pero ello es, por definición, intrínsecamente imposible. Sin ello la economía dejaría de ser propiamente lo que es.

III. Cómo se legitima el discurso

Ahora bien, ¿cómo nace, cómo crece y se consolida el crédito de la economía? ¿Cómo es posible que un modelo tan tosco y reductivo como el que nos brinda la “economía-disciplina” sea tan escasamente cuestionado?

De hecho, sucede de modo semejante a como se genera la confianza en otras instituciones. Ahí debemos referirnos a su potencia retórica, forjada en su capacidad de persuasión y convicción, elementos sólo en apariencia de naturaleza extraeconómica, puesto que la misma economía es, ante todo, intersubjetiva (podría definirse como una “ciencia de las conexiones”). Basta pensar que la determinación de un valor o una evaluación se realizan a través de la opinión.

Cuando un cuerpo de conocimientos –escribe Tarde (2011, 185)– es aceptado (estos es,

4 Ello en modo alguno debe llevar a pensar que aquellas relaciones que en apariencia no están directamente mediatizadas por “lo económico” (es el caso del don) sean más desinteresadas o más naturales: ambos casos son el resultado de acciones colectivas –debidamente *formateadas*. Del mismo modo en que actúa la “economía-disciplina”, buscando “hacer calculables” e internalizar unas transacciones, la antropología –no deja de ser otra disciplina, con otras ambiciones–, también “fomatea” las relaciones, aun de una manera distinta, planteándose como objetivo visibilizar lo que aparece oculto. De hecho, las realidades son compuestas e híbridas: sólo es posible hablar de don cuando previamente se concibe una economía de mercado (Callon; Latour, 2011: 184-185).

5 Análogamente a lo que sucede con el “mercado puro y perfecto”, Latour y Lépinay (2008: 131), interpretando a Tarde, escriben que, con propiedad, la lucha de clases tampoco formaría la base de la “economía-cosa”, sino de una de las posibles versiones de la “economía-disciplina”: como tal, nacería en los programas de las organizaciones obreras.

cuando un conjunto de preceptos “ha entrado en los corazones” de las gentes) hay lugar a la aparición de una teología, una gramática, una ciencia..., en suma, se instituye una “verdad”.

A la transformación de juicios e intereses individuales en colectivos contribuyen, ya en la época de Tarde, los medios de comunicación de masas (máquinas de expresión que constituyen lo sensible, deseos y creencias), hoy como antaño al servicio del capital y que reproducen y amplifican por doquier ese “sentido común económico”. Ellos nos inducen a estar pendientes de los volúmenes de deuda, de las primas de riesgo y de rescates bancarios... Y, más importante aún, a imaginar y aceptar que en nuestros días existe una “crisis natural” de la que no hay salida más que a través del empobrecimiento de la mayoría de la población y del vacío de las opciones democráticas.

Bourdieu, en un texto inédito hasta ahora recientemente publicado, se cuestiona cómo se forma la opinión pública. Aunque tácitamente ésta sería la de todos, en realidad se reduce –de acuerdo con una definición censitaria– a la “opinión de aquellos que son dignos de tener una opinión”, esto es, de aquellos capaces de ejercer el poder. El productor/reproductor del discurso hegemónico habla en su nombre y también en el de aquellos que no tienen el derecho de producir discurso. Mediante un ejercicio de teatralización, construye una autoridad que no sólo le permite discurrir, sino también crear la “verdad”; esto es, conseguir que el discurso que produce tenga efectos universales. Y apostilla: “Una de las dimensiones más importantes de la teatralización es la teatralización del interés por el interés general; es la teatralización de la convicción del interés por lo universal (...)” (Bourdieu, 2012).

IV. Teatro de operaciones: la “representación del común”

Si hasta ahora hemos diferenciado “economía-cosa” y “economía-disciplina”, también deberíamos distinguir entre “mercado” y “economía de mercado”. Si el mercado –o, en propiedad, los mercados, en plural– desempeñan un papel central en los sistemas de intercambio de mercancías (pese a que desde la antropología se ha documentado abundantemente que éstos, en puridad, no siempre requieren de un mercado), la “economía de mercado” cabría ser entendida en términos de programa (la “economía-disciplina” se encargaría de darle una base teórica), con sus propias leyes, normas y métodos, a los que se subordinarían el resto de elementos sociales y que, en nuestro mundo, acaba convirtiéndose en rector de la política: llevaría el nombre de capitalismo. De tal manera, éste no sería ya el resultado natural del desarrollo de las fuerzas productivas, sino una construcción social y, más allá, un conjunto de creencias capaces de generar un “efecto ilusión”⁶.

La “virtud” de la “economía de mercado” reside en el hecho de que es capaz de proyectar seres aparentemente “libres”, dispuestos a “calcular” y a interactuar según sus propios intereses que, aun así, confluyen e interseccionan en un punto ilusoriamente equidistante (parafraseando a Mandeville, “a vicios privados, beneficios públicos”).

Marx, precisamente, rechaza la sustitución, llevada a cabo desde la “economía-disciplina” clásica, del valor trabajo, que pone de manifiesto la extracción de plusvalor, por el valor de cambio, que reduce el proceso económico a transacciones, intercambios de mercancías

⁶ Aun aceptando que todo orden social pueda estar basado en la circulación de bienes materiales, numerosos estudios etnográficos atestiguan que lo social no siempre se ha subordinado a lo económico como bajo el capitalismo. Así, para Sahlins (1983), pese a que el intercambio y el cálculo no dejan de situarse en el centro de la “reciprocidad generalizada”, su inscripción –usando la terminología de Mauss– en un sistema de “prestaciones totales” la remite a un momento en el que no se ha producido la separación entre la esfera económica y la propiamente social (la “incrustación” de lo económico en lo social a la que se refiere explícitamente Polanyi (1989) y que definiría a aquellas sociedades que no son de mercado, contaría con el inconveniente –moviéndonos en los planteamientos de Tarde– de suponer la existencia previa de la sociedad). Mientras que el intercambio mercantil individualiza y redime de todo deber (surge el “hombre libre de ataduras” que invoca el capitalismo), en cambio el don crearía vínculos, obligaciones y ataduras (exigiría el contradon).

que se hacen precio (esto es, un número, una medida: valor monetario). A partir de este momento, el precio es determinado por el propio mercado a través de la ley de la oferta y la demanda. Así, si hasta entonces respondía a criterios que se suponía permanentes, objetivos e impersonales, pasa a ser relativo y transitorio y, en cualquier caso, subjetivo e intersubjetivo, reflejando el *deseo* del consumidor (se manifiesta en la propia demanda).

Con el traspaso definitivo del trabajador en consumidor se consume esa ficción de libertad que sitúa a todos los individuos en un mismo plano, no importa que lugar ocupen en los procesos de producción.

Si el “trabajo abstracto” representaba lo que es común a la clase obrera –y, justamente sin él, no habría lugar al propio concepto de “clase obrera”–, el dinero, en cambio, al ocultar la formación del valor, acaba simbolizando estos deseos de igualdad. De ahí su eficacia como *constructo*. En dicho sentido, son suficientemente elocuentes las observaciones de Simmel, que, en un texto ya clásico, escribe que

“El dinero representa la pura interacción en su forma más pura. Hace comprensible el concepto más abstracto; es una cosa individual cuya importancia esencial consiste en llegar más allá de las individualidades [...]. Así, pues, el dinero es la expresión apropiada de la relación de la persona con el mundo, que sólo puede ser aprehendida mediante ejemplos únicos y concretos, pero sólo es verdaderamente concebida cuando lo singular se torna en la encarnación del proceso mental vivo que entrelaza todas las singularidades y, de tal suerte, crea la realidad” (Simmel, 2004: 129)⁷.

Pero si históricamente el dinero ha actuado como un instrumento de representación (equivale a valor), así como un dispositivo eficaz de producción social, el actual mundo de las finanzas, con sus complejos operativos, extiende y amplifica estas dos caras.

Marx, siguiendo los esquemas de la economía clásica, concibe, como es sabido, la producción del trabajo como capital. En contraposición, introduce la expresión de “capital ficticio” para designar aquellos activos financieros (el caso paradigmático serían los títulos públicos, bonos, pagarés..., pero también las acciones y, por supuesto, los actuales derivados financieros) cuyo valor no se corresponde con el “capital real”, que aun no participando directamente en el proceso de producción, entran en un circuito de valorización. Entre otros, Althusser y, desde distintas perspectivas, los pensadores de la Escuela de Frankfurt, desplazan en sus análisis el proceso de explotación en el trabajo a la organización material de los cuerpos en la producción y reproducción de la sociedad capitalista. Esta traslación no deja de ser reflejo de la definitiva consumación de la sociedad en el capital.

Hoy en día, el único “capital real” sería el “capital ficticio”. Según las últimas estadísticas (diciembre de 2011), el mercado extrabursátil de instrumentos derivados ha llegado a alcanzar una cifra nueve veces superior al Producto Internacional Bruto del mundo entero. Productos financieros cada vez más opacos, a su vez, han adquirido progresivamente vida propia al ser objeto de intercambios en mercados específicos gobernados por superordenadores capaces de lanzar millones de órdenes de compra y venta por segundo impulsadas por algoritmos secretos.

El capital financiero es criticado por no producir nada, mientras que expande los riesgos económicos. Se arguye que las finanzas son el capitalismo de casino, carente de utilidad social y sin una base real; que posibilita la “expropiación” no sólo de las rentas del trabajo, sino incluso también las del capital productivo. Pero tales críticas, aun siendo enteramente razonables, no comprenden su verdadera esencia: aquéllas no son más que el resultado de la potencia del dinero.

⁷ Cfr. Hardt y Negri (2011: 170)

En realidad, el capital financiero es una “sofisticada máquina de *representación* del común”, esto es, de “las relaciones y redes comunes” necesarias para la producción de mercancías y de cualquier otro activo⁸. Esta representación implica un elevado proceso de abstracción –respecto al “común” mismo– y, por consiguiente, los productos financieros cobran formas cada vez más vagas –explicaría la necesidad de los modelos matemáticos y por qué han devenido centrales–, de manera que pierden toda correspondencia directa e inmediata con la producción (a lo sumo, hacen referencia, como en los mercados bursátiles, a la producción futura). Pero, paradójicamente, a mayor grado de ensimismamiento, los artefactos financieros logran abarcar un ámbito social de redes más amplio. Comprenden y abrazan el “común” en su forma social más extensa y lo expresan como valor que puede ser intercambiado, privatizado y mistificado para generar beneficios. De ahí su éxito (Hardt; Negri, 2011: 169-170).

V. Conclusiones

La economía financiera es factible en la medida en que la moneda permite la transformación de la economía política en algo virtual pero a la vez real, estando calificada para expropiar valor, a la par que para ejercer el control sobre la producción biopolítica⁹. Tal como advierten Hardt y Negri (2011: 293), la clave de que las finanzas sean capaces de recorrer los circuitos de producción social de la economía biopolítica extrayendo riqueza (son competentes para supervisar e imponer la flexibilidad, movilidad y precariedad a la “fuerza de trabajo biopolítica”) reside en que, pese a todo, siguen siendo externas al proceso productivo. Conceden a la producción su autonomía y, pese a ello –o justamente por ello–, están en disposición de extraer valor-riqueza de ella desde la distancia.

Por otra parte, la economía financiera sigue asimismo fielmente el ciclo de valorización del capital descrito por Tarde. Lazzarato (2006: 107-108) lo ve como el fundador de una “ontología del acontecimiento y la multiplicidad”, indispensable en la producción de nuevas formas de pensamiento político y social. Resumidamente, añade que la “creación de posibles” –Tarde habla, en concreto, de “invención”¹⁰– constituiría verdaderamente la “producción” (lo que usualmente se denomina producción sería más bien “reproducción”) y que la “posible” expresión de lo que se nos presenta como “mundo normalizado” (los trabajadores, los consumidores, el propio capital...) no existe de antemano, no precede al acontecimiento, sino que es engendrado por él. El capital opera dentro de esta lógica: “inventa”. Su fortuna depende de la capacidad de hacer emerger creencias compartidas (públicas) allá donde no existen más que visiones distintas y heterogéneas.

Así pues, no se trata de condenar, desde una perspectiva moral, el capitalismo financie-

8 Hardt y Negri (2011) emplean el concepto de “común” para sustituir la oposición entre lo público y lo privado y superar las políticas que se sustentan en dicha polarización, y así buscar nuevas bases teóricas para articular el cambio. El reto fundamental que se plantea es el de construir un “común” en el interior del capitalismo que se muestre ajeno a él. Sólo considerando el capital como relación social, como una relación de fuerzas y, por tanto, de luchas, será posible comprender las características de la producción biopolítica de nuestro tiempo y, en este marco, avanzar en la definición y articulación del “común”.

9 “Biopolítica” es un neologismo acuñado por Foucault, con el que se refiere a las tecnologías de control sobre el cuerpo que se han desarrollado en la modernidad. Concibe el “biopoder” como el impacto del poder político en todos los aspectos de la vida. Hardt y Negri dan un paso más y consideran que el capitalismo ya no produce mercancías destinadas a satisfacer necesidades o deseos, sino que se conecta directamente con los “modos de vida” en los que se éstos se generan y que vampiriza. En la producción biopolítica, la economía lo ha englobado todo (al ser humano y a la sociedad entera), con lo cual ha desaparecido como esfera particular.

10 Como se ha aclarado, Tarde explica la formación del valor en relación a la dinámica del acontecimiento. Lo real sería el resultado de lazos sociales dinámicos –imitación, invención y oposición– que se generan en las interacciones entre los propios individuos. De tal modo, la “invención” sería una precipitación inesperada que introduce una diferencia en el mundo. Si es imitada, deviene propiamente social. Cfr. Tonkonoff (2011: 16-18).

ro, su cara poco amable. En resumidas cuentas, los mercados financieros no dejan de ser “mercados” y, por consiguiente, no hacen más que actuar como deben hacerlo –o cómo se permite que lo hagan–, buscando maximizar el beneficio.

Hemos observado que las instituciones económicas, más que estructuras externas a los elementos, que constreñirían desde afuera, son, ante todo, formas de hacer, sentir y pensar inter y trans-individualmente. Cualquier proyecto de *liberación* pasaría por tejer una red de relaciones distintas de las que propone el capital, trascendiendo sus jerarquías, divisiones y servidumbres, invirtiendo su flujo o encauzando el discurrir en un sentido opuesto al previsto... A la postre, está en juego la construcción de representaciones alternativas (apropiación) del “común”: la “revolución del común” que plantean Hardt y Negri.

Aunque la ciencia económica (la “economía-disciplina”) tienda a cuantificar, la vida social excede y desafía la medida. No podría ser de otro modo, puesto que los resultados de la producción capitalista hemos visto que son cada vez más relaciones sociales: en otras palabras, biopolítica. ¡Consigamos que no se nutran de nuestros deseos!

Bibliografía

BOURDIEU, Pierre

2012 “Cómo se forma la ‘opinión pública’”, en *Le Monde Diplomatique* (versión digital). www.eldiplo.org/notas-web/como-se-forma-la-opinion-publica (16-1-2012).

CALLON, Michel; LATOUR, Bruno

2011 “‘¡No calcularás!’ o cómo simetrizar el don y el capital”, en *Athenea Digital*, 11 (1): 171-192. (Orig. 1997).

DELEUZE, Gilles; GUATTARI

1995 *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós. [Orig. 1972].

DUCH, Lluís; CHILLÓN, Albert

2011 “La corrupción del discurso”, en *El País*, 4-11-2011.

FOUCAULT, Michel

1984 *Historia de la sexualidad: 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI. [Orig. 1976].

HARDT, Michael; NEGRI, Antonio

2011 *Commonwealth: El proyecto de una revolución del común*. Tres Cantos: Akal. [Orig. 2009].

LATOUR, Bruno; LÉPINAY, Vincent

2008 “La economía, ciencia de los intereses apasionados. Prólogo a la republicación parcial de *Psicología Económica*, de Gabriel Tarde”. París: Los Aguafiestas. Versión digital: http://www.brunolatuourenspanol.org/03_escritos_Tarde/PE.pdf (11-6-2011).

LAZZARATO, Maurizio

2006 *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de sueños. [Orig. 2004].

POLANYI, Karl

1989 *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta. [Orig. 1944].

RIECHMANN, Jorge

2011 “Sobre capitalismo, chimpancés y otros primates”. <http://tratarde.wordpress.com/2011/12/20/sobre-capitalismo-chimpances-y-otros-primates/> (22-12-2011).

SIMMEL, Georg

2004 *The Philosophy of Money*. Nueva York: Routledge. [Orig. 1900].

SAHLINS, Marshall

1983 *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid: Akal. [Orig. 1974].

SPIVAK, Gayatri Chakravorty

2012 *Otras Asias*, Tres Cantos: Akal. [Orig. 2008].

TARDE, Gabriel

2011 “La psicología en la economía política”, en. Tarde, G. *Creencias, deseos, sociedades*: 143-197. Buenos Aires: Ed. Cactus. [Orig. 1881].

TARDE, Gabriel

1902 *Psychologie economique*, París: Félix Alcan, Ed. Versión digital: http://classiques.uqac.ca/classiques/tarde_gabriel/psycho_economique_t1/psycho_economique_t1.pdf (1-6-2011).

TONKONOFF, Sergio

2011 “Sociología molecular”, en Tarde, G. *Creencias, deseos, sociedades*: 11-31. Buenos Aires Ed. Cactus.

